



LOS “PUEBLOS HÍDRICOS” EN EL ÁMBITO PAMPEANO-PATAGÓNICO. ¿EXISTIÓ LA NAVEGACIÓN EN SU INTERIOR Y EN EL LITORAL ATLÁNTICO? (*)

(*) Se trata de un resumen, muy escueto, de un trabajo a publicarse en breve, con el mismo título.

Rodolfo M. Casamiquela

Introducción

Para el caso, el rótulo de “pueblos hídricos” abarca tanto a las sociedades indígenas vinculadas con el mar cuanto a las propiamente continentales.

Para este segundo caso, uso decir “pueblos continentales hídricos” o “acuáticos”, por oposición —en aparente redundancia— a los “continentales terrestres”.

Debo apresurarme a agregar que los pueblos marítimos eran al propio tiempo también continentales, *prima facie* litorales, pero enseguida —creo que en todos los casos— continentales acuáticos...; ello debido a que ganaban el interior a través de los cuerpos de agua: ríos y lagos. Los “continentales terrestres” no sólo no tenían afinidad o relación especial con los cuerpos de agua sino más bien lo contrario, desde que éstos significaban, *grosso modo*, un obstáculo en su movilidad.

Me estoy refiriendo, en este último caso, a los grupos de cazadores-recolectores nómadas de la Patagonia, englobados —para las tierras que se extienden al Sur de los ríos Limay-Negro— en el rótulo de “Complejo Tehuelche” por Escalada (1950).

Y, en efecto, si el lector autoriza una exageración pedagógica, estos grupos serían definibles como “hidrófugos”, por oposición a los otros, precisamente “hidrófilos”.

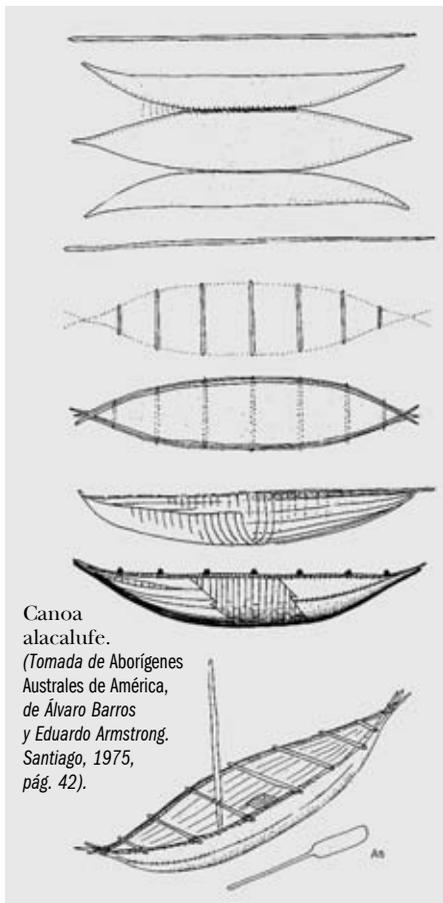
Los “pueblos hídricos”

A pesar de tratarse de pueblos **históricos**, es decir documentados o mencionados por los cronistas, no todos fueron nominados por ellos; antes bien, todo lo contrario: de los varios potencialmente presentes para el ámbito patagónico-(sur)pampeano, sólo uno recibió una denominación gentilicia (es decir de pueblo o etnia), bien que de carácter geográfico relativo, en tanto los otros restaron anónimos.

Debo aclarar lo de “potencialmente”. Es que resulta hoy imposible decir si grupos humanos

El doctor Rodolfo Magín Casamiquela nació en Ingeniero Jacobacci. Es Doctor en Ciencias con Mención en Biología por la Universidad de Chile, Perito Minero Nacional, Paleontólogo y Antropólogo. Fue Investigador Principal del CONICET hasta el año 2000 y en la actualidad es Investigador en el Centro Nacional Patagónico del CONICET, Puerto Madryn. Obtuvo el primer premio nacional de Antropología y segundo de Biología de la Secretaría de Cultura de la Nación (1966), Premio Kónex en Humanidades (Diploma al Mérito en Antropología Cultural y Arqueología 2006) y el Premio Kónex de Platino en Antropología Cultural y Arqueología (2006). Es Profesor de distintas universidades e instituciones académicas de Chile y la Argentina; conferencista sobre temas paleontológicos y antropológicos. Es además Profesor Emérito de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Coordinador del Área de Identidad Cultural de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, Profesor ad hoc en la Universidad Nacional del Sur; Fundador y Director de los Museos Naturalístico, Antropológico e Histórico de Ingeniero Jacobacci (Río Negro) e Indígena Regional del Leleque (Chubut). Creador de los museos regionales de Puerto Madryn y Gaiman. Es Presidente de la Fundación Ameghino. Fue asesor cultural de las provincias del Chubut, Río Negro y Santa Cruz y de las Municipalidades de Viedma y Patagones. Autor de 24 libros e innumerables artículos científicos y de divulgación sobre el tema.





Canoa
alacalufe.
(Tomada de Aborígenes
Austriales de América,
de Álvaro Barros
y Eduardo Armstrong.
Santiago, 1975,
pág. 42).

Página anterior: Primera
mitad siglo XIX. Pesca-
dor de Arica en su balsa
de cuero de lobo.
(Tomada de "Primera Visión de
Chile". Adaptación de dibujos de
la Colección Germán Vergara
Donoso. Museo Histórico Nacio-
nal, Santiago, 1988, pág. 91).

(1)
Formas equivalentes –no sinóni-
mos– son *waizüfche* "gente de
allende" y *furiluchi* "lo que está
allende" –entiéndase, "de la Cor-
dillera"–, aunque este nombre,
origen del actual *Vuriloche* ("Bari-
loche"), se refirió más al ámbito
que a sus habitantes.

(2)
Los *alacalufes* habitaban desde
Taitao al Sur hasta el Estrecho, y
los *yámanas*, desde esta vía de
agua al Sur y al Este, en todo el
islario, salvo el interior de la pro-
pia isla Grande. Fueron los ante-
pasados de éstos quienes alcan-
zaron la isla de los Estados (véase
Chapman, 1987). Valga la aclaración,
ya que el asunto viene a
cuento, de que las noticias sobre
presencia humana preeuropea en
las islas Malvinas (cf. Fernández,
1997) o la Antártida (cf. Stehberg
y Nilo, 1983) son falsas.

entrevistos en los ríos Colorado y Negro, o Chubut y su afluente el Chico, fueron –respectivamente– uno mismo o dos diferentes. Y el asunto se complica si se considera el litoral marítimo conectado de manera natural por los ríos, según dijera antes.

Al pasar, de cualquier modo, he aludido a las escasas referencias documentales históricas que existen para los "pueblos hídricos" anónimos. Y me apresuro a aclarar que se refieren al ámbito continental, no al marino atlántico, para cuyo litoral no existe ninguna: ningún navegante de los primeros tiempos contactó, en él, con grupos humanos que no provinieran del interior del continente, llegados a la costa como parte de movimientos estacionales u ocasionales.

Los "Puelches de Nahuelhuapi"

Éste es el nombre que les dieron los cronistas del lado occidental de la Cordillera. Lo que automáticamente lo explica, ya que **puelche**, en lengua araucana o mapuche, significa "gente del Este" (1). El lector encontrará una discusión acerca de las características de este pueblo, de canoeros-piragüeros, en mis trabajos de 1965; 1969; 1995; 2005. En definitiva, los he filiado como indígenas chonos de allende la Cordillera en el ámbito del Sur de Chile continental, los archipiélagos de Chiloé, Guaitecas y Chonos, y litoral continental adyacente (v. Casamiquela, Ms. I), considerados el eslabón más septentrional de la cadena de poblaciones, somáticamente clasificados como "fuéguidos" por los bioantropólogos clásicos, que, por el Sur, llegaron hasta el Cabo de Hornos (y por el Este, en tiempos prehispanos, hasta la isla de los Estados) (2).

En cuanto a los pueblos anónimos aludidos, se trata de las siguientes citas: para los ríos Colorado y Negro, las expediciones de Hernandarias (1604; v. Levillier, 1915) y de Gerónimo Luis de Cabrera (1625; v. Nocetti y Mir, 2000), quienes nos legaron escuetísimas referencias a estos grupos contactados en los cursos de agua, diferenciados por su(s) lengua(s) de aquellos del ámbito pampeano, y –con ojos de etnólogo ahora– diferentes además por utilizar habitaciones de ramas (y no toldos de cuero).

Y para los ríos Chubut-Chico, de Simón de Alcazaba (v. Alemán, 1968), quien repitió el último dato, valiosísimo para el especialista. Evidentemente, al faltar el toldo de cueros, no se trataba de cazadores continentales terrestres (de modelo tehuelche).

El resto de la información es de carácter arqueológico, lo que no significa decir ante-europea, ya que, para el caso, de lo que se trata es de una suerte de testimonios (materiales) obtenidos a través de las técnicas del arqueólogo, pero con absoluta probabilidad en parte, todavía, dentro del momento "europeo"; dicho al revés, **después** de la llegada de los primeros europeos al ámbito.

Con respecto ahora a la posibilidad de posesión por parte de estos pueblos anónimos, de alguna forma o formas de embarcación, comienzo por decir que todo lo hace presumir: moverse a lo largo de la desértica costa patagónica, y, sobre todo, internarse en el continente –hostil–, hicieron **casi necesario** el beneficio de una embarcación.

Las preguntas, a esta altura, son: ¿qué suerte de embarcaciones beneficiaron estos pueblos?, ¿qué suerte de embarcaciones pudieron construirse en la desértica costa atlántica?

En cuanto a lo primero, al lado de las canoas de tiras de corteza de grandes árboles, vinculadas por lo tanto con la extensión del bosque austral, hubo otras de pieles de lobo,

sujetas con travesaños de madera y aun ¡de costillas de ballenas! (v. Casamiquela, 1973).

Pero cabe agregar, en seguida, a lo largo de la costa pacífica, en latitudes en que ella es mucho más desértica que en la Patagonia, los “pueblos del mar” beneficiaron la célebre balsa de cueros de lobo marino **inflados...** (v. Medina, 1952, 193) y para más al Norte, en el Perú, nos son familiares los simpáticos “caballitos” de totora.

Balsas de totora –o vegetales flexibles equivalentes– son igualmente muy conocidas, y documentadas, tanto para el lago Titicaca como para las legendarias lagunas de Huanacache y del Rosario, en Mendoza (Rusconi, 1961). No hay que olvidar que estos inmensos cuerpos de agua interiores, en los que floreció una cultura riquísima de pescadores, recolectores y cazadores, estuvieron conectados con el Atuel, madre de los tan conocidos “bañados de ese nombre” y con el Colorado –vía el Curacó (3).

Estos “bañados” –totorales y juncales inmensos–, densos de peces, aves y otra fauna menor, son idénticos a aquellos de la “Laguna del Juncal”, en el valle inferior del río Negro, en la que como indica su nombre, las juncáceas alcanzaban 2 m de altura, al tiempo que albergaban miríadas de aves, peces, coipos, etcétera.

A la disposición de estas especies vegetales flexibles ha de sumarse aquella de la madera del único árbol nativo de la Patagonia extraandina: el “sauce colorado” (*Salix humboldtiana*), presente tanto en el río Negro –por eso denominado “río de los Sauces”– cuanto en el Colorado y el Chubut-Chico. Recuérdese que Alcazaba cruzó este último curso, que por lo visto corría muy fuerte, con balsas que su tropa hizo de sauces.

Y desde luego, las embarcaciones de cuero –de lobo o de elefante marino–, como dije presentes en el Estrecho, no son descartables. Para nada (4).

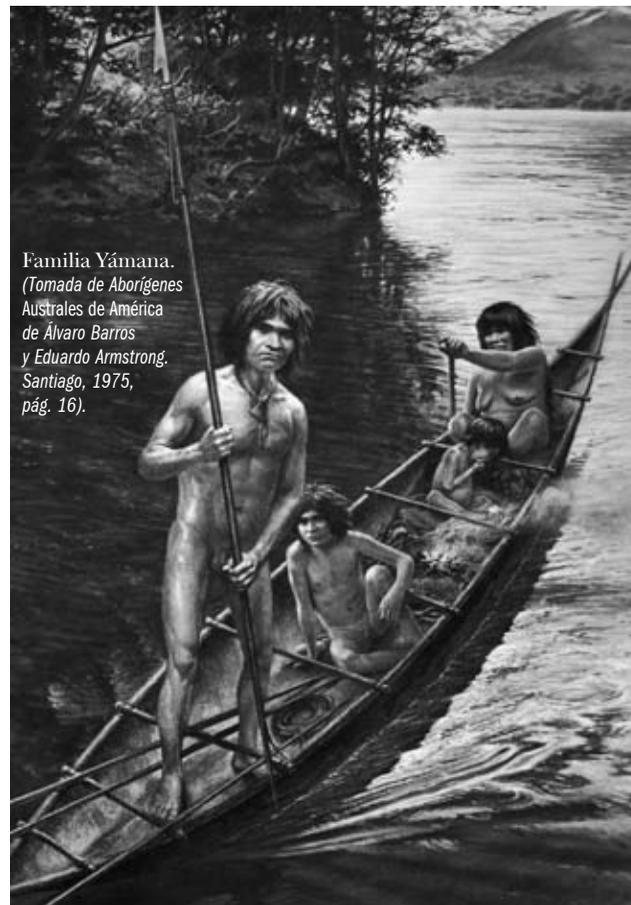
Pero hasta aquí sólo **hipótesis**. Pasemos ahora a las pruebas posibles. Y a las “contrapruebas” o reaseguros, exigibles a toda investigación científica de base tan altamente especulativa como la presente.

Pruebas y contrapruebas

A pesar de ciertos hallazgos muy ocasionales de objetos de materiales perecederos de cierta antigüedad conservados en el agua (5), es claro que las posibilidades de encontrar restos de una embarcación de la categoría mencionada –de totora o cuero– son muy escasas. Apenas si se ha conservado algún fragmento de dalca (piragua, canoa de tres tablas de alerce) en Chile, y ello –parece ser– en un lago y no en el mar (6), y eran de madera impusible, y las hubo por millares a lo largo del tiempo histórico...

Con lo que, personalmente, entendí hace muchos años que había que buscar las evidencias por el camino indirecto: pocas islas muestra la Patagonia a la vista de su litoral, pero si en alguna de ellas –inaccesible por tierra en las grandes bajamares– apareciera un objeto arqueológico probadamente indígena regional, pues... quedaría *prima facie* probada la existencia de algún medio físico para alcanzarlas, de alguna forma de embarcación.

Por años me dediqué a solicitar a los hombres vinculados con la explotación del guano, pri-



Familia Yámana.
(Tomada de *Aborígenes Australes de América* de Alvaro Barros y Eduardo Armstrong. Santiago, 1975, pág. 16).

(3) Que, para sorpresa de los hidrólogos, volvió a correr impetuosamente en los últimos años.

(4) En el Norte de Chile su presencia se reconoce arqueológicamente a través del hallazgo de los tubos de huesos que se usaban para inflarlos. Estos elementos faltan en la costa atlántica patagónica, pero obviamente nada se opone a que utilizaran otros complementos equivalentes, como cañas huecas o tripas.

(5) En el Centro Nacional Patagónico (Área de Arqueología y Antropología) se conserva un anzuelo de madera con su sedal de intestino, exhumado en el Golfo San José.

(6) Se trataría de restos conservados en el Museo de Puerto Montt encontrados hace muy poco tiempo; no los he visto. En el Museo de Historia Natural de Santiago se conserva una tabla (quilla) entera de tales dalcas. En fin, una completa existe en el Folkens Museum de Estocolmo (v. Vairo, 1995, 122), pero en estos últimos dos casos es posible que se trate de piezas en uso, no producto de exhumaciones.



mero, y después al personal de Balizamiento de la Armada y, en fin, a los biólogos marinos, que, en tanto realizaban sus tareas de rutina, echaran un doble vistazo al suelo, en procura de algún elemento cultural.

¡Por fin, hace escasos años, en 2001, la siembra dio su primera cosecha! Un biólogo marino del grupo de trabajo del Doctor Enrique Crespo, del Centro Nacional Patagónico de Puerto Madryn, el técnico Néstor García, encontró una "bola" lítica en la isla Arce, frente a Camarones, el conocido puerto del Sur del Chubut. Una isla separada del continente por una larga distancia y un mar siempre agitado, es decir inabordable de cualquier manera salvo a través de embarcaciones. Y por lo visto, embarcaciones suficientemente marineras.

La bola es tosca, mal redondeada, pero por el hecho de estar elaborada en un material pesado –hematita terrosa–, que la hace apta especialmente para golpear, pudo haber sido utilizada como "rompecabezas". Cabe decir que los objetos de esta clase, sin cintura, son comunes en el área litoral y aun en el interior de la Patagonia. Por lo demás, pudo tener un uso diferente, según se me ocurre al apreciar objetos semejantes en colecciones de la isla de Chiloé, en Chile: el de un **peso** de red.

(7)
Yacimiento explotado originalmente por Don Casimiro Zlapelis, célebre pionero chubutense; utilizado por los indígenas, según mi informante tehuelche José María Cual.

En cuanto a la materia prima, de los dos yacimientos posibles, el del Sudoeste del Chubut (río Senguerr ⁽⁷⁾) y el de Sierra Grande, en Río Negro, me inclino provisionalmente por el segundo. Sé de una bola de boleadora elaborada con este material encontrada en el Norte de la región pampeana. Lo que revela no sólo desplazamientos de los grupos litorales hacia el interior sino obviamente contactos interétnicos pacíficos ⁽⁸⁾.

(8)
Creo que fue Florentino Ameghino quien, al señalar la escasez de materias primas líticas en Buenos Aires, documentó su migración, a grandes distancias, desde las sierras pampeanas y bonaerenses. El hecho se confirma en los elementos reunidos por Vignati en el yacimiento de Banderol (v. Vignati, 1932), ubicado en el ángulo NO de la provincia. En los yacimientos litorales norpatagónicos las bolas de hematita de Sierra Grande son comunes, lo propio que las "placas grabadas" de pizarra, presuntamente de Valcheta,

Pero hay una segunda explicación posible para el hallazgo: que, en un pasado de dimensión desconocida pero compatible con la presencia humana en la Patagonia, la isla en cuestión haya conocido una conexión con tierra firme, perdida después por mecanismos eustáticos o isostáticos.

¿Cómo saberlo? El antropólogo, a esta altura, no tiene más remedio que tornar los ojos hacia el geomorfólogo, el especialista en la historia —reciente, para el caso— de las formas que presenta el paisaje. ■

BIBLIOGRAFÍA

- ALEMÁN, J. C., 1968, "La primera exploración del Chubut", Simón de Alcazaba, Cuadernos de Historia del Chubut. Junta de Estudios Históricos del Chubut. Abril de 1968. Trelew.
- CASAMIQUELA, R. M., 1965, "Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y Área Septentrional adyacente", Cuadernos del Sur. Inst. Human. Univ. Nac. del Sur. Bahía Blanca.
- CASAMIQUELA, R. M., 1969, "Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente. Pruebas etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los Querandíes", Dir. de Bibliotecas, Archivos y Museos. Stgo. de Chile.
- CASAMIQUELA, R. M., 1973, "Alacalufes, canoeros occidentales y pueblos marginales o metamórficos. Nota Crítica", Rel. Soc. Arg. Antrop. Bs. Aires.
- CASAMIQUELA, R. M., 1995, Bosquejo de una Etnología de la provincia del Neuquén. Provincia del Neuquén, Neuquén.
- CASAMIQUELA, R. M., 2005, "Reflexiones acerca de la significación de los Tehuelches Septentrionales australes-occidentales (Chüwach a Küña)", en Débora Finckelstein y María Marta Novella, Compil., Poblamiento del Noroeste del Chubut. Aportes para su historia. Centro de Investigaciones El hombre patagónico y su medio. Fundación Ameghino. Esquel.
- CASAMIQUELA, R. M., Al rescate de los chonos. Canoeros del Sur de Chile continental y archipiélagos de Chiloé, Guaytecas y Chonos y área litoral y cordillerana adyacente.
- CHAPMAN, A., 1987, La isla de los Estados en la Prehistoria. Primeros datos arqueológicos, Edit. Universitaria. Colección Temas. Bs. Aires.
- ESCALADA, F., 1950, "El Complejo Tehuelche". Estudios de etnografía patagónica. Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ, J., 1977 Potencialidad arqueológica de las islas Malvinas. Etnia, 25-26.
- LEVILLIER, R., 1915, Correspondencia de la ciudad de Buenos Aires con los Reyes de España. Cartas del Cabildo, Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, tomo 1 (1558-1615).
- MEDINA, J. T., 1952, Los aborígenes de Chile. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Stgo. de Chile.
- NOCETTI, O. R. y MIR, L. B., 2000 Relaciones de la Jornada a los Césares (1625) Gerónimo Luis de Cabrera. Col. Documentos. Ediciones Amerindia. Bs. Aires.
- RUSCONI, C., 1961, "Medios de locomoción acuática. Las Balsas. Poblaciones Pre y Posthispanicas de Mendoza, I", Etnografía (cap. XII). Mendoza.
- STEMBERG, L. R. y NILO, F. L., 1983, "Procedencia inexacta de dos puntas de proyectil". Serie Científica Inst. Antart. Chileno, 30.
- VAIRO, C. P., 1995, Los Yámana. Nuestra única tradición marítima autóctona, Zagier and Urruty Publications. Bs. Aires.
- VIGNATI, M. A., 1932, Revisión de los hallazgos relativos al Hombre de Banderol. Publ. Mus. Antrop. y Etnogr. Fac. Filos. y Letras, serie A. II.